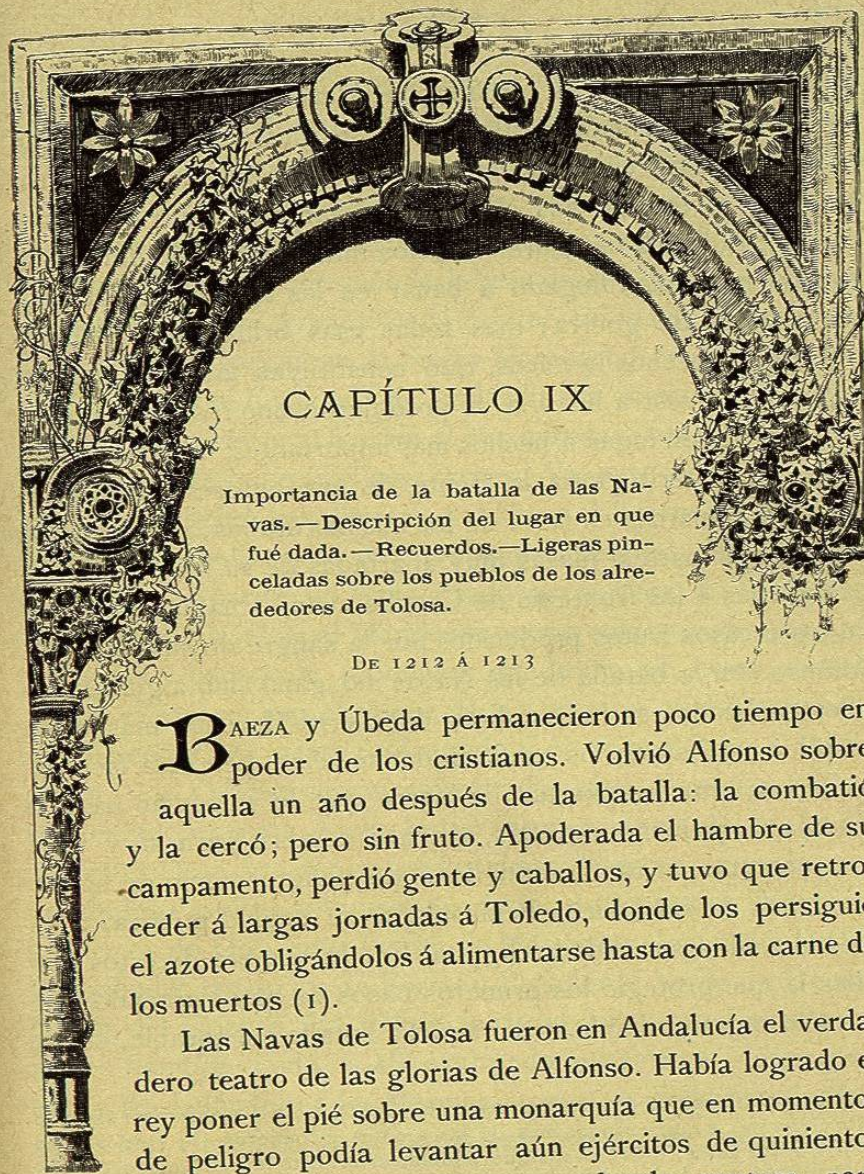


viados por Alfonso á cargo de los hermanos Gonzalo y Martín Núñez, y juntos con las compañías de Madrid y Huete, los derrotaron, se internaron tras ellos por el suelo de Jaén, y no volvieron á la Sierra hasta haber hecho sentir sobre el país enemigo el peso de sus armas.

Y no fueron sólo estos castillos los que ganaron los reyes después del combate de las Navas. Pasaron de Bilches á Baeza, ciudad ya desamparada por los árabes, cuya mezquita quemaron sin perdonar á los desgraciados que habían creído encontrar en ella un asilo contra los vencedores, se adelantaron hasta Úbeda, la sitiaron, la asaltaron, y aunque fueron al principio rechazados, mostraron tal valor y tuvo tal intrepidez un escudero del aragonés D. Lope de Luna, soldado que se atrevió á trepar hasta el adarve, que aturdidos los cercados, les ofrecieron pagarles un millón de doblas de oro si les dejaban en libertad la villa. No se dieron aún por satisfechos con esta capitulación, á la que se opusieron en nombre del Papa los arzobispos de Toledo y Narbona; siguieron con sus asaltos, entraron por fuerza en la villa, la derribaron, la asolaron é hicieron cautivos á cuantos pudieron escapar de la lanza de los soldados. El ardor del ejército era grande y habría pasado sobre las ruinas de las más poderosas ciudades á fin de menoscabar el reino de los infieles. Mas hubo causas graves que atajaron su conquista y le obligaron á retroceder hacia Castilla.



CAPÍTULO IX

Importancia de la batalla de las Navas. — Descripción del lugar en que fué dada. — Recuerdos. — Ligeras pinceladas sobre los pueblos de los alrededores de Tolosa.

DE 1212 Á 1213

BAEZA y Úbeda permanecieron poco tiempo en poder de los cristianos. Volvió Alfonso sobre aquella un año después de la batalla: la combatió y la cercó; pero sin fruto. Apoderada el hambre de su campamento, perdió gente y caballos, y tuvo que retroceder á largas jornadas á Toledo, donde los persiguió el azote obligándolos á alimentarse hasta con la carne de los muertos (1).

Las Navas de Tolosa fueron en Andalucía el verdadero teatro de las glorias de Alfonso. Había logrado el rey poner el pié sobre una monarquía que en momentos de peligro podía levantar aún ejércitos de quinientos mil combatientes; y era ya sobrada ventura para un hombre que pocos años antes apenas había podido es-

(1) Los Anales primeros de Toledo explican circunstanciadamente este hecho. «Esto fué en noviembre, dicen, é duraron tres semanas de jaderno sobre Baeza, é non la prisieron, é murieron y caballos, é mulos, é mulas, é asnos, é comieron las gientes, é despues murieron las gientes de fambre. E fué hora que costó el almud

capar con vida de la jornada de Alarcos. Otros reyes antecesores suyos habían alcanzado, al parecer, más: habían hecho temblar ciudades importantes al relincho de sus caballos y al eco de sus clarines; habían conducido sus estandartes coronados de laureles á los más apartados límites de Andalucía; habían llegado á bañar en las aguas del Estrecho sus corceles de guerra; mas todas esas brillantes hazañas y todos esos hechos heroicos, que constituyen las más poéticas páginas de nuestra historia, ni produjeron sino resultados pasajeros, ni dieron lugar á hechos más importantes, ni hicieron sino cubrir de estéril gloria la frente de sus autores. Combatían aquellos monarcas en favor de los mismos árabes; conquistaban cuando más para sí plazas muy apartadas de su reino; y llegaban apenas á las fronteras de Castilla cuando habían ya perdido los escasos frutos producidos por la sangre de sus soldados. Alfonso con la batalla de las Navas no ganó sino algunos castillos enriscados en las cumbres de Sierra-Morena; mas estos castillos estaban en los confines de su reino y le era fácil defenderlos; eran las puertas de hierro que le impedían pasar á Andalucía, y dueño de ellas, acababa de abrir para sí y para sus sucesores un camino tan lleno de peligros como de honra, que había de conducir la Península á su unidad política, á su unidad civil, á su unidad religiosa. Fué la sombra de estos castillos la que protegió los primeros pasos de San Fernando: fué el suelo sagrado donde se dió aquella batalla memorable, el que

de la cebada LX soldos, é vino la huest para Toledo, é duró la fambre en el regno fasta el verano, é murieron las mas de las gientes, é comieron las bestias, é los perros, é los gatos, é los mozos que podian furtar. Esto fué en Toledo, é andaban VIII almudes de trigo á...» Era MCCLII (1214). (Ann. Tol. 1. pág. 399 en Flórez, *Esp. Sag.* tomo 23.) Casi lo mismo dicen los Anales Toledanos terceros y el arzobispo D. Rodrigo en su libro de *Rebus Hispanicis*: «Este rey D. Alfonso fué á cercar Vaieçça, é tanta fué la fambre que los de la huest comien carnes á hombre no acostumbradas, é descercóla de consejo de los suyos.» (Anal. Toled. terceros, pág. 411.) «Et sic invaluit fames ibi, ut exercitus carnes humano generi insuetas edere cogerentur... Cumque diu Beatiae obsidio traheretur, nec à patria victualia portarentur, omnibus fere fame deficientibus, suorum consilio rex nobilis, tregua cum arabibus reformata, rediit Calatravam.» (*De Reb. hisp.* l. 9. cap. 14.)

vió formados los grandiosos ejércitos con que aquel príncipe fué á fijar su estandarte en las torres almenadas de Córdoba y Sevilla. La batalla de las Navas libertó á la cristiandad de un gran peligro; pero hizo más que libertarla: fué la salvación de la cruz en lo presente y el triunfo de la cruz en lo futuro.

No sin razón celebra aún la Iglesia después de seis siglos el aniversario de esta gran jornada (1); no sin razón al descender de las ásperas gargantas de Sierra-Morena busca el viajero con ojos inquietos el lugar en que hollaron los cristianos el poder de los almohades, y al fijar en él sus miradas, siente enardecida su frente y estremecidas sus carnes. Ve ante sí una llanura vasta, sin árboles, casi desierta; al Norte el Puerto de Muradal, cordillera de peñas y de pizarras que se levanta sobre las demás sierras y parece un muro alzado por la mano de Dios entre Andalucía y Castilla; al Occidente cerros cubiertos de salvajes arboledas y barrancos profundos que están sin cesar conmoviendo el espacio con el rumor de sus arroyos y el bramido de sus torrentes; un monte prolongado y no menos fragoso al Mediodía; y al Oriente cerros y quebradas que, algo parecidos á los del lado opuesto, hacen brotar cierta armonía del fondo del conjunto. Descubre aún sobre las cimas de estas alturas las ruinas de los castillos antiguos: las de los de Molosa y Tolosa en los cerros de Occidente, las del de Mogón en el monte que mira al Mediodía, las de los de Ferral y Peñaflor al borde de las quebradas del Oriente, las del de la Losa, sito en el puerto del mismo nombre. Todo va allí exaltando lentamente su imaginación y trasladándole á los tiempos en que se dió la batalla. Los siglos han vinculado en la naturaleza misma los recuerdos de ese combate gigantesco; y al preguntar por el nombre de cada arroyo y de cada monte, no suenan en su oído sino palabras que van aumentando la ilusión y vivificando por momentos la

(1) Lo celebra el día 16 de Julio con el título de Triunfo de la Cruz. La batalla tuvo lugar en el mismo día del año 1212.

llanura. El lugar por donde bajó el ejército á las Navas se llama hoy Puerto Real; el altozano en que sentó la corte sus reales lleva el nombre de Mesa de los tres Reyes; el arroyo que pasa por junto á Ferral, en cuyas aguas se reflejaron las armas de todos los cruzados, es conocido por el arroyo del Rey.

Todo habla aún allí de aquella inmensa lucha: todo excita aún la fantasía del viajero, que conmovido tanto por la soledad del lugar como por los recuerdos, llega en un momento de entusiasmo á poblar de soldados la llanura, y cree ver todavía los cascos y las lanzas de los caballeros relumbrando como fuego heridos por los primeros rayos del sol de aquel sagrado día. Siente por momentos enardecerse más y más su imaginación; y ve flotar al aire las banderas de los concejos, los pendones de las mesnadas y los estandartes de los reyes; oye las voces de mando, el galopar de los caballos y los gritos de guerra; ve al otro lado á los motawatynes puestos á la sombra de sus grandiosas enseñas, á los almohades armados de todas armas, á los negros formando un ancho círculo en torno del pabellón del califa y á los alárabes advenedizos, que tendidos sin orden por la llanura, dan al campo infiel el aspecto de un lago azotado por la lluvia; siente, al fin, el rumor de la pelea, el crujir de las armaduras, el caer de las lanzas y de las espadas, el relinchar de los caballos, el ay de los heridos, el trémulo sonido de la corneta, que dominando sobre todo el estruendo de la pelea, enciende de cólera los ojos de los combatientes y retumba en los oídos de todos como el eco de la muerte y la venganza. Rompiéronse las lanzas; brillaron como el relámpago las espadas y los alfanges; y estos y aquellas rodaron á su vez hechos piezas por el campo. Pero está ya la llanura cubierta de cadáveres, recorre una cruz de hierro las filas de los árabes, flota un pendón de la Virgen (1) sobre los turbantes de los

(1) «E en el pendon de la provincia de Toledo estava la imágen de la bendita é gloriosa Virgen Sta. Maria, amparadora de España. E al golpe que llegó el pendon de la imágen de Sta. Maria, los Moros que fasta aquella hora estuvieron fuer-

infielos, y crece el furor, y la matanza crece. Triunfó Cristo, y huye aterrado el ejército musulmán al brillo de las armas que corona la victoria.

Todo vuelve á estar en silencio; mas ¿ha cesado aún la ilusión del viajero que ha venido á meditar sobre lo pasado en esos lugares solitarios? El aire que gime lleva todavía á sus oídos los gemidos de los moribundos; y busca involuntariamente con ávidas miradas esa inmensa multitud de cadáveres que después de la batalla impedían el paso de los más briosos caballos de los vencedores, esa inmensa multitud de astas de lanzas y de saetas, cuya sola mitad bastó para alimentar por espacio de dos días los fuegos de todo el ejército cristiano (1). Busca aún con inquietud dónde pudo estar el campamento moro, tan vasto que los cruzados no pudieron ocupar de él más que una pequeña parte; se esfuerza en descubrir la loma en que estuvo el califa de pié sobre su escudo durante la batalla; pregunta por la altura en que fué expuesta la cruz á la vista del ejército, cuando ya los últimos rayos del sol iban palideciendo tristemente sobre las cumbres de los cerros. En estos llanos cada otero, cada piedra ha de tener su historia: y el que los visita con entusiasmo, recorre con afán cada uno de los lugares en que están vinculados los recuerdos. No le satisface ni la voz de la tradición; y pretende al fin leer en su corazón y en su fantasía lo que no puede leer en la crónica ni recoger de los labios de los que viven en las asperezas de la Sierra.

tes é recios, luego bolvieron las espaldas é començaron á fuir, é los christianos firiendo é matando en ellos muy cruelmente de grandes feridas.» (Traducción del libro de D. Rodrigo titulado *De Rebus Hispanicis*: manuscrito de Vilches. No está traducido en este manuscrito sino todo lo relativo á la campaña de las Navas.)

(1) «E el campo yacia tan lleno de los Moros muertos que non podiamos pasar por cima con muy buenos caballos que traíamos sobre los Moros sinon con gran peligro... E como quier que ome non podia facer esto que aquí diremos, maguer ello sea verdad, sabed que en aquellos dias que allí estovimos non quemamos otra leña en el real de los Moros sinon las astas de las lanças é de saetas que los Moros tenian é non acabamos la meadad dellas como quier que á sabiendas las quemávamos non aviéndolo menester.» (Idem.)

Los pueblos de los alrededores, aun aquellos cuyas fortalezas fueron testigos de la batalla y vieron después de ella caer sobre su frente las armas cristianas, están casi mudos sobre esta lucha. Los castillos á cuyo alrededor crecieron no presentan ya sino algunos torreones medio derribados, roídos por las yerbas parásitas y cubiertos por el musgo; los hay que apenas se levantan de entre sus escombros; los hay cuyos muros medio caídos son hoy la cerca que defiende la morada de los muertos. Ni la pintoresca aldea de las Navas de Tolosa, sita en el mismo campo de batalla en torno de una loma por cuyas vertientes esparce su reducido caserío, ni el pueblo de Baños, que ocupa una de las faldas de Sierra-Morena y tiene á sus piés una hermosa vega regada por Rumbal, Río-Grande y Pinto, guardan huellas de este acontecimiento. Sólo Vilches, pueblo puesto en la cima de un monte al pié de un despeñadero, parece haber sido destinado á archivar tanta gloria; y son, sin embargo, escasos los recuerdos que en él quedan. Su castillo puede aún manifestar en sus viejos muros la fortaleza que en otros tiempos tuvo y traer á la memoria á los árabes que lo defendieron y á los cruzados que lo conquistaron; su escudo de armas lleva aún por timbre la cruz de campaña que precedió durante toda la jornada al arzobispo D. Rodrigo; su modesta iglesia guarda todavía bajo sus bóvedas esa misma cruz de hierro á cuya asta está pegado un grande escudo con una mano que, al decir de la tradición, iba moviéndose y señalando á los cristianos el lugar donde debían cargar con toda la fuerza del ejército; mas no encontramos en él ni en toda la provincia un pendón de guerra, ni una lanza, ni una espada de las que empuñaron los esclarecidos capitanes é ilustres reyes que tomaron parte en la jornada.

Son muy modernos los pueblos vecinos á las Navas para que puedan conservar vestigios de edades tan remotas: los más cuentan apenas un siglo de existencia. Sierra-Morena estaba desierta, y era ya desde mucho tiempo fortaleza de bandidos. Á los temidos Gólfines, que en el siglo XIII vivían en sus

bosques, saltaban sus barrancos, corrían como corzos por sus cumbres y se dejaban caer sobre la llanura con el furor y la rapidez de los torrentes (1), habían sucedido hombres sin corazón, que no sabiendo buscar la libertad sino en el crimen, acechaban sin cesar al viajero ocultos tras las jaras y madroños, se arrojaban como fieras sobre él y le sepultaban tal vez para encubrir su delito en lo profundo de los abismos. Aventurábase difícilmente nadie á pasar la Sierra; y cuando alguno se atrevía, temía más el puñal de esos foragidos que los espantosos precipicios que se abrían á cada paso bajo su planta y las fieras cuyos aullidos hacían estremecer los bosques en que veía abierto su camino. Reinaba en todos esos montes el terror; y no se andaba por ellos sin creer que iba ante sí la sombra de la muerte. Se perseguía á los bandidos, se seguía sin cesar sus pisadas; pero en vano. La roca no guarda huellas, y ellos desaparecían y reaparecían siempre más bravíos, siempre más temibles. Estaban así cerradas en cierto modo las puertas de Andalucía, medio rotas las comunicaciones de esta con Castilla, paralizado el comercio de unas y otras provincias. Pensóse entonces en poblar esos lugares desiertos, apenas habitados más que por algunos monjes que desde el siglo XVI habían ido á buscar en ellos la paz; creyóse que colonizándolos se apartaría de ellos el crimen mejor que con las armas; y se empezó á fundar, ya en las vertientes, ya en las mesetas de la Sierra,

(1) «É axi, com á homens que no saben altre fer vehent sen (los Gólfins) á la frontera dels ports de Muradal qui son grans montanyes, é forts é grans boscatges, é marquen ab la terra dels serraýns é dels crestians, é quiscu passa lo cami qui va de Castella á Cordoba é á Sivilia axi aquelles gents prenen crestians é serraýns. É estan en aquells boscatges é aquí viuen é sont molt grans gents tant quel rey de Castella non pot venir á fi.» (D'ESCLOT., cap. 79.) Eran estos gólfines una especie de almogavares con la diferencia que estos solían ser catalanes ó aragoneses, y aquellos del interior de España. Eran, como estos, fieros, y tampoco temían meterse una ni dos jornadas tierra adentro del reino de los árabes, con tal que pudiesen esperar un botín algo pingüe de su correría. Ellos, á quienes el arzobispo D. Rodrigo llama almogavares, fueron los primeros que se apoderaron de la Axarquía de Córdoba en tiempo de San Fernando. Eran un azote para los pueblos fronterizos enemigos, que nunca podían verse libres de sus sangrientas invasiones.